

RESEÑA DE LIBROS

DÍAZ ARNAL, ISABEL: *Personalidad e inadaptación* (Técnicas de pedagogía curativa). Ed. Científico-médica. Barcelona, 1967; 182 págs.

No es la primera vez que dedicamos un comentario en estas mismas páginas a la labor de investigación de la doctora Díaz Arnal. A su larga y fecunda tarea en el campo de la pedagogía añade hoy un nuevo dato sobre el que resulta interesante hacer algunas reflexiones. Su anterior obra, dirigida a poner los principios y sacar las consecuencias prácticas más útiles para la educación del inadaptado, se ve coronada con la obra que presentamos en estas líneas.

* * *

Creemos que no es posible entender un libro sin adentrarse en la personalidad de quien lo escribe. Isabel Díaz Arnal es conocida en el mundo científico de la pedagogía terapéutica no como un educador más, sino como una docente y una investigadora que nos ha dado pruebas suficientes de su preparación. Por ello, *Personalidad e inadaptación* es un resumen de sus quehaceres ordinarios. La lectura de sus páginas abre horizontes nuevos que, aunque sean conocidos para quien vive familiarmente con los problemas que trata, muestran un matiz peculiar, ya que en cada momento se da el criterio oportuno desde un ángulo polivalente y no con la simplicidad de quien sólo se ha quedado en la superficie de los temas que trata. Con el lenguaje sencillo que expone las cuestiones, con el rigor metodológico que se traza para buscar una verdad o plantear una hipótesis, nos va llevando, a lo largo de ocho capítulos, a lo que deben ser las «técnicas de pedagogía curativa». Todo ello queda centrado en la figura —hasta ahora desdibujada y aún necesitada de muchos retoques— del pedagogo terapeuta, el educador especializado que, como ella misma dice, ha sido muy considerado en otros países y necesita una revalorización entre nosotros. La figura del educador como líder en educación especial fue el tema de un trabajo que nosotros mismos hemos publicado en otras páginas, figura que perfila perfectamente la doctora Díaz Arnal en su IV capítulo, deteniéndose de modo especial en el conjunto de cualidades que deben adornar a quien se denomina tal.

Como analizar uno por uno los capítulos de la obra sería un intento estéril de resumir, lo que es mejor

leer en su misma totalidad, vamos a fijarnos en lo que consideramos línea del pensamiento de la autora, según se expone en las páginas de la obra.

* * *

Un punto fundamental de la obra es el concepto de *pedagogía terapéutica* según los distintos niveles de desarrollo que ha ido teniendo esta ciencia. No atiborra sus páginas con citas inútiles, sino con aquellas que, por ser fundamentales, pueden ayudar a perfilar un concepto personal de lo que se plantea. Distingue perfectamente —en contra de lo confuso de otras obras recensionadas en estas páginas— lo que es ortodidáctica y ortopedagogía para darnos, como dicen sus mismas palabras, «una definición sencilla», según la cual la pedagogía terapéutica es la curación del niño inadaptado por medio de una educación apropiada, derivando de tal definición la finalidad y el cometido de la misma en la «adquisición de una humanización progresiva» que le permita «un encuadramiento social por sencillo que sea».

La matización de lo que esto supone lo expone al detenerse en la exposición de las cualidades que distinguen a la misma, destacando como esenciales la de ser educativa, utilitaria y precoz. Se nos antoja interesante la afirmación que creemos constituye en eje fundamental de muchos errores que se cometen en pedagogía terapéutica. Cuando afirma (p. 13) que es «la toma de contacto directo con el inadaptado y su mundo, desde ese mismo mundo» —y el subrayado es nuestro— y no a través de una concepción teórica, pone el dedo en la llaga de algo que es preciso corregir entre nosotros. La formación del educador debe hacerse «en contacto directo con el inadaptado» y «desde ese mismo mundo» en que él se mueve. No basta lo que la pedagogía general indica como teóricamente ideal, porque el mundo del inadaptado es lo suficientemente complejo para dar al traste con cánones muy nobles, pero que pueden resultar ineficaces e inútiles cuando una personalidad determinada está afectada por lo que condiciona su comportamiento y vida.

Ese es uno de los puntos fundamentales de toda la línea directriz de Isabel Díaz Arnal. Y estamos plenamente de acuerdo con ella cuando afirma más adelante que «la actuación educativa especializada está volcada de lleno a la vertiente de la aplicación práctica más que a las

lucubraciones teóricas de los fenómenos aislados en abstracto».

¿Servirán de seria reflexión estas palabras para los que nos hemos empeñado en esta tarea?

La cuestión de la *terminología* utilizada en el sector que aborda con su estudio y el de la *clasificación* creemos que es una de las más necesitadas de estudio detenido. La experiencia nos enseña cómo la anarquía en el uso de los términos que afectan a la inadaptación está dispersando las fuerzas. La labor docente en los cursos de preparación del profesorado al que se dirige la obra que comentamos, nos enseña cómo quien no está muy iniciado se siente lleno de confusión al ver que el especialista médico utiliza una terminología diversa del pedagogo o del más adentrado en el ámbito de la psicología. Todos coinciden en lo esencial porque la ciencia —si es ciencia auténtica— no se puede contradecir aun cuando considere un mismo objeto desde ángulos diversos, pero lo que es cierto es que un curso de especialización hace perder muchos esfuerzos para tratar de captar lo que cada cual desea decir tras una terminología que al no iniciado le resulta un tanto caótica.

Hemos hecho esta reflexión porque creemos necesario partir de una unidad de términos. Para los que dedicamos nuestra enseñanza a este campo, puede servir de guía la terminología y la clasificación que adopta —tras detenida crítica y síntesis— la doctora Díaz Arnal. Es una sugerencia provocada por la lectura de sus páginas.

* * *

El perfil del *educador especializado* se fundamenta en que lo que hay que buscar para este momento es el aprovechamiento del contenido personal hacia una actividad reeducadora mediante la ejercitación técnica y la adaptación afectiva. Tres puntos destacan en ello: contenido personal aprovechado al máximo, preparación técnica y adaptación afectiva. La insistencia en uno u otros de los puntos que destacamos nos dará las líneas de una especialización que cada día se hace más necesaria. Las cualidades que estima imprescindibles las divide en generales, específicas y socio-ambientales. Todas ellas —con un criterio digno de destacarse— girando en torno a lo que hay que valorar en la *personalidad* del educador especializado. Mucho podríamos decir a este

respecto, máxime en estos días que todo se valora a través de un fuerte bagaje cultural que olvida, con demasiada frecuencia, lo que interesa de cultivo de valores humanos en el auténtico educador. Un planteamiento sincero de la especialización a la que se dirige el libro que nos ofrece Díaz Arnal, debe tener en cuenta este criterio. La sugerencia queda encarnada en las líneas de todo el interesante capítulo IV.

* * *

No hay educación posible sin contar con un perfecto educador. Por eso antes de dar paso al «proceso activo-receptivo» en que centra la reeducación del inadaptado, se detiene en el capítulo que anteriormente hemos comentado. El capítulo V se dedica íntegro a lo que es la reeducación como proceso. Parte de lo que es todo el comportamiento del niño normal para adentrarse en lo que debe ser la reeducación del deficiente. La consideración global de que parte en todas sus obras le permite hacer un estudio detenido de lo que es la maduración psicomotriz del inadaptado, lo que requiere la consideración atenta de la afectividad, lo que hay que tener en cuenta en la aceptación de la reeducación como proceso. Esquemática, pero claramente, nos lleva de la mano para comprender «qué hay que hacer» en reeducación. Se ve que conoce el terreno que pisa y que conoce perfectamente a qué meta hay que llegar. Un capítulo, en suma, sin desperdicios.

* * *

El capítulo VI, dedicado a los aspectos formales y materiales de la educación del deficiente mental, parte de la distinción que hay que establecer entre «deficiente» y «normal», y «deficiente» y «párvulo». Si la primera es clara para quien está familiarizado con las técnicas edu-

cativas, la segunda es oportuna en cuanto que muchos educadores pueden caer en el error de confundir al «deficiente» con un sujeto normal que está en una fase de desarrollo equivalente a la del párvulo. De ahí a concluir que la educación de aquél debe hacerse según las técnicas utilizadas en educación preescolar no hay más que un paso. Sus palabras esclarecen el problema al que hay que dar mucha importancia. Expone cuáles son los rasgos que caracterizan a uno y otro. Sus palabras son claras, aunque nos gustaría haber visto expuesto en estas páginas algunas ideas sobre la distinción entre nivel de madurez y niveles de desarrollo que, a nuestro juicio, pueden dar mucha luz en el aspecto que se toca en este capítulo.

Una reflexión especial para el lector está en el hecho de enfrentarse con lo que ella denomina «vivir al niño», «vivir con el niño» y enseñar «a vivir al niño». La finalidad de cada una de estas tres etapas se ensamblan perfectamente para dar paso a normas precisas y prácticas de lo que hay que hacer con ese niño necesitado de educación especial. La didáctica y la educación especial encontrarán un campo amplísimo en las páginas que analizan la finalidad del material y las características del mismo para bajar al detalle concreto de los ejercicios manuales que permitirán la reeducación completa del niño.

* * *

No podía faltar en una obra titulada *Personalidad e inadaptación* la consideración del ajuste personal en el cuadro social que ha de vivir el educando. El capítulo VII—último de la obra—es una coronación de lo que debe buscar esencialmente cualquier técnica curativa en pedagogía especial. Su afirmación es clara al exponer que la «socialización es la meta educativa» (pág. 149). «Se trata de una construcción y de una ex-

ploración de las relaciones sociales». ¿Se educa hoy con esa finalidad? Es una pregunta que puede responderse afirmativamente en la mayoría de los casos, pero que nunca debe perder de vista el educador especializado. Cuanto lleva consigo este proceso para madurar la capacidad de adaptación queda expuesto en las páginas que comentamos y cuyo valor no hemos dejado de tener en cuenta en lo que supone—desde el punto de vista de la formación religiosa y moral del inadaptado—para lograr una pedagogía de la resurrección.

* * *

Nos felicitamos con la doctora Díaz Arnal y con los estudiosos de la pedagogía especial. No dudamos en calificar de excepcional la aportación que hace a la escasa bibliografía sobre el tema. A sus anteriores investigaciones añade hoy la no menos valiosa de la obra *Personalidad e inadaptación* que acaba de lanzar a la calle la Editorial Científico-Médica en edición cuidada que se lee con agrado. Al gozo de recrearse en una materia bien asimilada se añade la satisfacción de ver que el campo bibliográfico va dando entrada a una materia que hasta hace poco era huerto cerrado para lectores muy iniciados. Con el lenguaje que hablan estas páginas será posible adelantar en la sensibilización del lector inquieto por problemas de actualidad. La bibliografía selecta que se añade al final de la obra permitirá una mayor profundidad para quien no se sintiese satisfecho con las 182 bien aprovechadas páginas de la doctora Díaz Arnal.

Que estas nuevas aportaciones su pongan un acicate para la autora—a quien conocemos de cerca en su labor—y de luz para los que vienen detrás llenos de tantas ilusiones por elevar el campo de la recién estrenada pedagogía terapéutica en España.—JOSÉ ANTONIO RÍOS GONZÁLEZ.

ACTUALIDAD EDUCATIVA

1. España

LA INVESTIGACION ESPAÑOLA EN EL II PLAN DE DESARROLLO

En el acto de clausura de las reuniones plenarias del Patronato Juan de la Cierva, celebrado en Madrid, el subsecretario de Enseñanza Superior e Investigación pronunció una conferencia sobre el tema «La investigación española en el II Plan de Desarrollo». Resumimos algunas de las principales ideas expuestas por el conferenciante:

El Primer Plan de Desarrollo permitió a los centros de investigación invertir un promedio anual de 400 millones de pesetas en equipos de tipo medio y ampliación de las instalaciones existentes; pero dejó sin resolver el agudo problema planteado por la escasez de personal y las dificultades de atraer a los jóvenes graduados mejor dotados a las tareas investigadoras.

El II Plan, al ser un plan selectivo, va a permitir un apoyo oficial a aquellos sectores en los que éste es más urgente. Debe subsistir el principio básico de la política de investigación. Las previsiones de la Comisión de Investigación del Segundo Plan cubren un campo muy amplio y se refieren no sólo a la formación de nuevo personal, considerada como la tarea más urgente y de mayor importancia a largo plazo, sino al desarrollo de los actuales centros de investigación, prácticamente detenido desde hace años; al fomento de la actividad investigadora en los campos en que ésta es más deficitaria en España y, muy fundamentalmente, a la introducción de actividades investigadoras de desarrollo en la industria, cuya actual indiferencia hacia ellas es, en gran parte, responsable no sólo de su dependencia de la técnica de otros países, sino de la escasa utilización práctica de los resultados de la investigación española, sufragada por el Estado en su casi totalidad.

En Estados Unidos hay 475.900 investigadores; en Italia, 49.415; en Suecia, 16.925; en España, 2.825. Los países no mantienen investigadores por pura filantropía, sino porque los necesitan para su desarrollo. La demanda de investigadores en el sector privado es todavía escasa en España, pero aumentará, lo mismo que la de profesores especializados. El problema más urgente es el de la formación de investigadores. El Segundo Plan de Desarrollo lo califica de «fundamental». Urge una elevación del «status» económico que haga atractiva la carrera de investigador; son necesarias becas en cuantía y número suficiente y urge una ayuda a los centros de investigación.

La carrera actual de investigador es demasiado nebulosa y depende de demasiados factores aleatorios. Es preciso un flujo mayor de investigadores entre universidades, centros de investigación e industrias privadas. Crear nuevos centros de investigación no es fácil, pero revitalizar los anquilosados es más difícil y menos eficaz.

¿Por qué no investiga la industria privada española? Se ha dicho que porque es minifundista; porque sus mercados no tienen la estabilidad necesaria; porque sus cuadros de mando carecen de mentalidad investigadora. Las tres razones son verdades a medias, pero la última de ellas es quizá la fundamental. Hoy, los países que tienen más investigadores son los más beneficiados. Sin equipos de investigadores bien preparados, un país no puede ni siquiera aprovechar los frutos del trabajo de la investigación extranjera. La mera labor del control de calidad, bien llevada, es ya una iniciación a la investigación. Un fondo nacional del que se beneficiasen las empresas que hiciesen investigación sería quizá el mejor modo de hacer que nuestra industria privada se decida a investigar.

La importancia que el Gobierno atribuye a la investigación se demuestra por haber sido incluida entre los sectores que, selectivamente, serán objeto del II Plan. Ha llegado el momento de establecer un diálogo fructífero con los economistas, para que la financiación de estas actividades permita un avance efectivo en este importantísimo frente del desarrollo nacional. Hay que pasar de los 3.000 millones que actualmente son dedicados a investigación en general, a los 11.000 millones de pesetas en 1971, y de los 3.000 investigadores que hoy existen en España, a 6.000 en 1971.

La conferencia finalizó con unas palabras del ministro de Educación y Ciencia, en las que, entre otras cosas, dijo:

«Una investigación fundamental, recia y extensa; una acción investigadora concertada en sectores prioritarios de la economía nacional, y dentro de ellos, en áreas que también puedan dictaminarse como preferenciales; y una promoción de la investigación en la industria, que ha de ser fundamentalmente desarrollo, son direcciones básicas en las que seguramente habrá de moverse el II Plan.

En situación como la actual, tránsito del I al II Plan de Desarrollo, se ha producido la reestructuración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Sin adentrarnos en el concepto de definir de la «generación», creo que estaremos de acuerdo en que, al uso de un común lenguaje, nos conjuntamos en el trabajo científico «cuasi» tres generaciones, en las que, con unánime sentir, hay, sin embargo, rasgos diferenciales de formaciones distintas. Los que trabajaron individualmente, los que ya se podían mover con más olgura en la primera etapa del Consejo y los que, gracias a aquéllos y a éstos, encuentran hoy unos medios de trabajo cómodos, unas posibilidades de profesionalización antes desconocidas, una vida científica que, por más fácil, les hace ser más exigentes. El futuro del Consejo Superior de Investigaciones ha de construirse con la labor conjunta de estos grupos generacionales.

Este y no otro es el objetivo fundamental que persigue la reestructuración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En brevísimo plazo será completada con la designación de presidente y secretario general, que ha de ser propuesta por el nuevo Consejo ejecutivo, iniciándose ya, con automatismo establecido, esa regular renovación que irá configurando su futuro.»

CONSEJO DE RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS EN BARCELONA

En el salón del rectorado del edificio central de la Universidad de Barcelona, y bajo la presidencia del ministro de Educación y Ciencia, se iniciaron las sesiones del Consejo de Rectores de las Universidades españolas.

Asistieron el subsecretario de Enseñanza Superior e Investigación, don Juan Martínez Moreno; director general de Enseñanza Universitaria, don José Hernández Díaz; jefe de la sección de Universidades del Ministerio de Educación y Ciencia, don Lorenzo Barrios, y los rectores de las Universidades de Oviedo, don José Virgili Vinade; de Salamanca, don Alfonso Balcells Gorina; de Santiago de Compostela, don Angel Jorge Echeverri; de Sevilla, don José Antonio Calderón Quijano; de Valencia, don Juan José Barcia Goyanes; de Valladolid, don Luis Suárez Fernández; de Zaragoza, don Juan Cabrera Felipe; de La Laguna, don Antonio González González; de Madrid, don Isidoro Martín Martínez; de Granada, don Emilio Muñoz Fernández; de Murcia, don Manuel Batlle Vázquez, y de Barcelona, don Francisco García Valdecasas.